

hizo. Jiménez Díaz la envió a mi casa para que le hiciera un electrocardiograma y me rogaba diera satisfacción a un deseo de la paciente. Este consistía en que la acompañara a casa de Solana, a quien yo conocía de Pombo, naturalmente pidiéndole cita por anticipado, porque la dama quería comprarle un cuadro.

A las seis o siete de la tarde, dos días después, estábamos en casa de Solana con dos amigas de la interesada. El mismo nos abrió la puerta, en pijama color crema, desabrochado y mostrando a medias lo que Dios le dio. Nos pasó a una habitación en que tenía muchos cuadros amontonados contra la pared, de diferentes tamaños, y empezó a enseñarlos mientras preguntaba a la compradora qué era lo que más podía satisfacerla. Ella dijo que un cuadro de tamaño medio que no tuviera primeros planos de mujeres desnudas porque a éstas Solana las pintaba muy feas, con los pechos colgando y con color de muertas; prefería que representase una fiesta de pueblo, una procesión o algo parecido. Solana se rió con una de aquellas carcajadas en que mostraba su mal cuidada dentadura y le dijo que así eran sus modelos, que a él no le interesaba la perfección en la belleza física sino lo popular, es decir, las mujeres del pueblo tales como eran. Ella le mencionó las mujeres que había visto pintadas en vitrinas, e insinuó que le espantaría cruzarse a diario en su casa con aquellas figuras. Y añadió: «Pero señor Solana, ¿por qué pinta usted esas andrajosas tan horribles que parecen criadas hambrientas?» Solana, riéndose con mayor espontaneidad aún, le replicó: «¡Pues acertó usted señora!» Y gritó llamando: «¡Fulanita!» (pongo este equivalente porque no recuerdo el nombre exacto) «¡Ven aquí!». Y el pintor, que frecuentemente renunciaba a todo modelo directo, ordenó: «¡Enséñale a esta señora cómo posas para mí! ¡Anda, desabróchate esa blusa!». Naturalmente no necesitó hacerlo, porque todos lo impedimos y la señora americana con mayor vehemencia.

Solana, que aquel día tenía un botellón de aguardiente a mano y nos quiso invitar, recibió por su cuadro mil pesetas. Mil pesetas por una pintura que hoy estará en algún país hispanoamericano como pieza de museo (Dios lo quiera) o como reservado y privado objeto de una colección particular, si es que no desapareció en cualquier revuelta político-militar.

* * *

Segunda, un tanto sangrienta. La califico así, como a la tercera de sangrante, no sólo porque hubo algo de sangre por medio, sino porque merece ese matiz adjetivador.

Pasaba yo el verano en Gijón con mi madre y, desde el mirador de nuestra casa, en Ezcurdia, núm. 20, me pareció ver paseando despacito por el muro de la playa de San Lorenzo a don José Solana con su hermano. Me vestí y bajé a saludarlo, pero se lo había tragado la tierra. Dos días más tarde, cuando yo paseaba con algunos amigos por el mismo sitio, vi a los dos hermanos apoyados en el barroto alto de la verja; con ambas manos se agarraba don José, y su hermano le tenía cogido por el brazo. Me acerqué a ellos como frecuentador pombiano y Solana me dijo que no podía moverse de dolores; que tenía todas las articulaciones hinchadas, incluso las maxilares (por lo que casi no podía hablar) y que se había lanzado a la calle a pesar de ello porque si no salía se moría. Le acompañé un rato y con mayúscula ingenuidad juvenil me puse a darle fe de mis convicciones de médico reciente... Le hablé de una terapéutica

entonces en boga para el reumatismo articular que con mi maestro estábamos probando, según la cual, Solana tenía el deber de sacarse las piezas dentales infectadas (que si no recuerdo mal, eran todas o casi todas) y le receté salicilatos en dosis altas. Ya se lo habían aconsejado, pero él se negaba a tomarlo. Nada más llegar a la pensión en que vivía (¿Hotel Comercio? No recuerdo) se metió en cama y, por la tarde, fui a verle en compañía de un gran dentista de Gijón con quien me unía buena amistad, el doctor Merediz. Una hora más tarde, éste reapareció por allí con los necesarios bártulos y tras una anestesia local, que hizo gritar a Solana, pues tenía las encías muy inflamadas, le sacó dos piezas dentales que estaban juntas y se movían. Le prometió sacar otras dos al día siguiente y, en efecto, volvimos; pero encontramos a Solana mucho peor y con fiebre alta. Menos mal que yo se lo había anunciado. Le bajé algo la dosis de salicilatos y tras extraerle otro diente, lo que toleró a regañadientes (nunca mejor dicho este vocablo), nos citamos para dos días después. Pero, Merediz no pudo verle ante la violenta negativa de Solana a recibirle. Lo hice yo a las veinticuatro horas y me encontré a éste hecho un basilisco, con la misma fiebre, si bien las articulaciones estaban bastante menos inflamadas y dolorosas. Asustado por la actitud airada tan rotunda del enfermo, llamé a un gran internista de Gijón, creo que se apellidaba Delor y a un primo mío de Oviedo, el doctor J. Miranda, y los tres le visitamos conjuntamente. No es para decir el modo como nos recibió; pero entre los tres le convencimos de que aquella reacción era la prueba evidente de la relación entre los focos dentales y el reumatismo, le disminuimos más la dosis de salicilatos asociándola a bicarbonato y le dimos un sedante, con lo que mejoró rápidamente el panorama. La fiebre, las inflamaciones y los dolores descendieron; pero le habían aparecido enormes zumbidos de oídos y un fuerte atufamiento nasal que, junto con los ardores de estómago, le enervaban. En tres o cuatro días quedaron cortados el proceso agudo y la saturación medicamentosa. Pero se negó rotundamente a que le hicieran más extracciones dentales, enfadándose conmigo e incluso amenazándonos al dentista y a mí con insultarnos donde nos encontrara. Cinco o seis días más tarde vi a los hermanos Solana en una corrida de toros de las fiestas de Begoña, a pocos metros de distancia. Bromeando y moviendo las manos me insinuó que me daría azotes. Cuando después del verano aparecí por primera vez en Pombo, no exento de miedo, Solana, nada más verme entrar, como si un resorte le hiciera saltar, se puso en pie y desde su rinconada del salón, me gritó entre risas: «¡Ya estás aquí, medicucho!», y dirigiéndose a los demás contertulios afirmó: «Por culpa de él estuve a punto de perder mi dentadura. Miren cómo me dejó (abriendo la boca y mostrando las encías). También pude quedarme sordo y con el estómago hecho una mierda. ¡Ven aquí, que te voy a estrangular!» Como me lo dijera entre risas, me acerqué y nos abrazamos. Después, al salir de Pombo, me dio un leve tirón del brazo y me soltó: «Oye, los médicos sois unos ca... Con los dientes que dices tengo llenos de pus voy a comer un día carne de médico cabrito. Y a ese maestro tuyo que saca los dientes a los reumáticos dile que se los saque a su...»

Se lo referí a Jiménez Díaz con pelos y señales y ambos nos reímos de verdad. Mi maestro tenía en su casa un precioso cuadro de Solana que debe estar en poder de algún heredero.

Y he aquí la sangrante tercera anécdota, que contempló conmigo Antonio de Obregón. No le gustaba a Ramón Gómez de la Serna que a su reunión de Pombo acudieran prostitutas. Pero cierto sábado, mediada la cena de los pocos que allí estábamos, apareció en la cripta un buen poeta, creo que murciano, con alguna copa de más, y acompañado por una mujer que a simple vista pertenecía a ese género; todos los que ahora peinan sobradas canas saben bien que entonces a simple vista se las distinguía. Ramón rogó al camarero que discretamente hiciera lo posible para que se fuese, con el pretexto de que aquellos asientos hacían falta para unos extranjeros que estaban al llegar. Como el interesado se negara a irse esgrimiendo sus derechos, se armó allí un zafarrancho en el que yo intervine por vía semitraumática. El individuo se marchó y cuando todo parecía ya tranquilo vimos que Solana, un tanto desencajado, con gesto hosco y temblorosa la cara, especialmente la mandíbula inferior, contemplaba absorto su mano derecha ligeramente en alto, de la que caían gotas de sangre en el vaso de agua. Chilló Bartolozzi mirando para Ramón y éste que no había advertido el detalle gritó al pintor: «Pero don José, ¿qué le pasa? ¿Qué ha hecho usted?». Solana, cambiando bruscamente su actitud y su expresión facial, como si despertara de una pesadilla, respondió con voz semiapagada: «No, no es nada... esto le viene muy bien a uno, porque ahora estoy pintando la mano de...» (creo que mencionó a un torero). Durante la discusión y los empujones y los golpes, Solana, que estaba cortando la carne de su bistec, empuñó mal el cuchillo y al apretarlo fuerte, por la tensión nerviosa, se había hecho un corte en la palma de la mano. Con un chorrito de agua oxigenada y una servilleta limpia se le hizo la primera cura, que debió ser definitiva, pues no volví a oír nada sobre el asunto. No pude adivinar por qué miraba hacia las gotas de sangre que en el agua caían. Dos o tres semanas después, cuando volví por Pombo, Ramón me pidió que de aquel tema no se volviera a hablar, porque ponía en evidencia leves desviaciones mentales de las que Solana se avergonzaba. Y no se habló. Los biógrafos de ese gran monstruo de la pintura que fue Solana, seguramente no estuvieron allí la noche de marras o, acaso por razones dignas, silenciaron esta anécdota que, pasado el tiempo, ya se puede relatar.

FRANCISCO VEGA DÍAZ
Serrano, 62
28001 MADRID